

# LETRAS

## Letrillas

# LETRONES

### OBITUARIO

## ANTONIO LÓPEZ LAMADRID (1938-2009)

**E**s difícil explicar qué hace exactamente un editor. Son muchas cosas distintas, toca muchos palos, agita, corrige, difunde, anima, elogia, critica, empuja, coordina... Y además cada editor lo hace de una manera distinta, con un estilo diferente, una combinación propia de los ingredientes comunes y los toques personales. Pocos han logrado un cóctel tan perfecto e inimitable como Antonio López Lamadrid, Tony López, director general de Tusquets Editores hasta su muerte el pasado 21 de septiembre, y alma y motor de la editorial junto a su pareja, Beatriz de Moura.

Tony presentaba su llegada al mundo editorial casi como un momento de descuido, cuando en una etapa de indefinición profesional, falto de entusiasmo por los negocios textiles familiares y dispuesto a echar una mano en las precarias cuentas de una pequeña editorial, sin comerlo ni beberlo se vio con despacho propio. Así, casi sin querer, porque con él todo parecía fácil y divertido, arrancó una fructífera carrera de editor, justo en un momento decisivo de los libros en España, cuando llegaba la hora de que las editoriales independientes surgidas de la efervescencia cultural de los años sesenta se consolidaran o desaparecieran.

Su olfato empresarial, genético y multidisciplinario, propició la expansión por América Latina (en Argentina

y México, le quedó pendiente, como solía añorar, la “pata” colombiana); la inauguración de nuevas colecciones de narrativa (Andanzas), de historia y memorias (Tiempo de Memoria), de bolsillo (Fábula y Maxi Tusquets); la puesta en marcha de premios (Tusquets de novela, Comillas de biografía y memorias). Huelga decir que Tusquets superó sobradamente la prueba de la consolidación, hasta convertirse en una de las editoriales fundamentales en lengua española de los últimos cuarenta años, con innumerables éxitos de crítica y de lectores.

Más allá de su contribución a ese logro, Tony trasladó a la edición un instinto natural y una indudable capacidad para el disfrute. “Hay que divertirse”, “Vamos a divertirnos”, “Hay que hacer cosas divertidas” eran las frases con que le gustaba terminar las reuniones. Libros nuevos y distintos, cenas, comidas, viajes. Y un instinto natural e indudable capacidad para la amistad, para entablar y recuperar lazos afectivos con la gente. Por eso el 23 de septiembre más de 600 personas abarrotaban el Tanatorio de Les Corts de Barcelona, abonando en lágrimas y cariño las innumerables deudas de amistad y generosidad que habían quedado pendientes por su tan esperable como inesperada marcha.

Porque la generosidad de Tony se extendió hasta el último minuto de su vida. Logró proyectar tal imagen de normalidad, de alegría, de buen humor, que pese a la evidente enfermedad logró crear la ficción de que todo estaba bien, de que todo seguía siendo fácil y divertido. Así

en la inmensa fiesta que en junio celebró los 40 años de la editorial, o cuando hace apenas un mes citaba a comer para mediados de octubre, planeaba la feria de Guadalajara y sostenía que para el verano que viene quería la misma casa en Menorca “porque mejorarla, imposible”. Era tal la fuerza que siempre le acompañaba, ese halo que tiene cierta gente de que es capaz de todo, de que basta con hacerles caso, que le creíamos. Nos engañaba él y nos engañábamos nosotros, pero no se engañaba a sí mismo, con una entereza casi sobrehumana.

Cuidadosamente dejó dispuestos unos consejos no vinculantes que aclaraban cómo quería su funeral. Qué camisa quería llevar, cómo disponerlo todo, qué música debía sonar (un poco de Bach, un poco de góspel), quién quería que hablara. Me cupo el triste honor de ser elegido como *amigo*, junto a Riccardo Cavallero como colega editor y su hermano Luis López en representación de la familia. Permítanme que les deje con la oración leída en ese momento, escrita en caliente con la emoción del amigo perdido:

Queridos amigos, porque ha sido bajo este título de *amigo* bajo el que Tony dispuso que en esta circunstancia aciaga compareciera hoy aquí ante todos vosotros, que compartís también esa misma condición magnífica de la amistad.

Sabed que Tony se sentía un privilegiado por la vida que había vivido. Pero estamos aquí esta mañana,

interrumpiendo los asuntos y atentos al corazón, para una despedida muy excepcional. Sobre todo habida cuenta de la personalidad del viajero que nos dice adiós. Un especialista en fugas después de pagar la cuenta.

Fijaos en él, en su trayectoria. Recordad las manifestaciones particulares de su afecto, sus ejercicios de proximidad y de cariño. Recuperad la memoria de su conversación, de su consejo, de su risa, de su generosidad, en suma de su amistad.

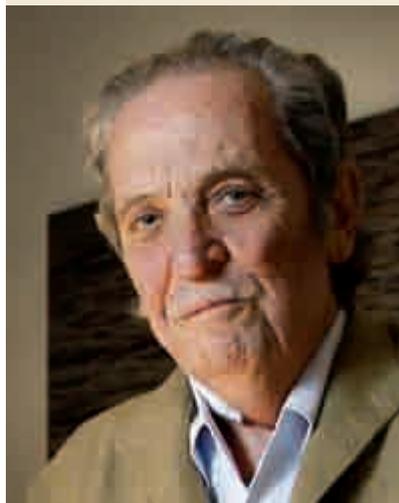
Tony nos imaginaba en esta situación en la que nos iba a colocar su marcha. Y nos daba el encargo de superar la tristeza de su ausencia, incluso con algún recurso extraordinario como el del champagne. Tony llevaba mucho tiempo consciente de la inminencia de su final. Preparaba con todo detalle su despedida pero, entre tanto, se ocupaba de que le contrataran, por ejemplo, el pago por visión del último partido del Barça.

Aceptó la situación con término cronológico tasado cuando la supo irremediable. Fue capaz de no entristecerse, tampoco quiso entristecernos. Rehuyó las curvas tramposas de agosto para no perturbar el descanso de los demás. Se sabía morir pero, mientras habitaba entre nosotros, supo aguantar el tipo sin recluirse en tenebrismo alguno con una naturalidad admirable.

Tony permanecía inmune a esa tendencia de quienes enseguida se hacen portadores de la adversidad y se entregan a suscitarse pena y a merecer compasión. Nunca noticia de la propia tristeza, siempre interesado por concurrir a nuestras alegrías.

Con cintura torera, Tony había estado eludiendo hablar de la proximidad de su marcha, excepto con los profesionales de la medicina o los que debieran atender a los detalles y enlazar los cabos sueltos para mejor garantizar las continuidades que tanto quería asegurar a base de sus "consejos no vinculantes".

En los demás asuntos ensaya-



Antonio López Lamadrid, amigo y editor excepcional.

ba la cercanía, intentaba congregar a los amigos, compartía con ellos los proyectos, las vacaciones, el Mediterráneo, la navegación, Menorca y, luego, el Cantábrico, los paisajes de Comillas, la buena mesa, los buenos vinos, el paraíso de su infancia, el recuerdo de *alguna aventurera en un praduco* por la que tan interesado se había mostrado en lejanos días el párroco del lugar.

Su elegancia natural, compatible con dosis variables de desaliño indumentario, le inducía hacia un desprendimiento característico. Así se explica que nos haya querido evitar el espectáculo, tan instintivo como angustioso, de quienes se aferran a la prórroga desesperada, por muy penosa que sea la condición de la supervivencia y por mucho que sea el dolor que suponga añadir a los más próximos.

Vuelvo a nuestro amigo Tony. A media distancia cualquiera de nosotros habría pensado encontrarse ante un príncipe del Renacimiento al que todo le hubiera sido dado de antemano. Él nunca habría enmendado esa imagen. Pero Tony estaba mucho más cerca del *self made man* que de quien vive al paio fuera de los avatares de la fortuna. Otra cosa es que jamás exhibiera el sudor de su frente.

El imperio de Tusquets Editores, del que acababa de hablarnos Ricardo Cavallero, resulta de una conjunción de

talentos, de habilidades, de saberes, de entendimientos, que muchas veces se vieron desafiados y que lograron superar las dificultades.

Lo edificaron Beatriz y él con sus propias manos con inteligencia probada para el recado y para el polinomio, con don de gentes, con el arte de la conversación, con la disposición a la escucha, con la atención aplicada, que es el bien más escaso de todos, el que devuelve al interlocutor la condición de persona y le hace sentirse portador de interés.

Así ganó también Tony en buena parte la amistad de quienes aquí estamos. Era fácil quererle porque nos sabíamos queridos por él. Interesado por nuestras alternativas. Sentíamos su generosidad discreta pero terca, sin apabullar.

Que Tony nos quisiera ha sido una fortuna. Solo ha pedido seguir viviendo en nuestra memoria. Una petición que se ha ganado limpiamente y que seguirá siendo un signo de distinción entre todos nosotros, sus amigos que aquí estamos. Beatriz, su familia y sus colegas serán testigos de cómo cumplimos. —

— MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

## POLÍTICA

### LOS PRESUPUESTOS Y LA CIENCIA

**S**egún cifras oficiales del Ministerio de Ciencia e Innovación, el incremento para el 2010 en inversiones reales respecto a la evolución del presupuesto anterior será inferior en un 35,04%. Esto no se compadece con las promesas de Zapatero de cambiar una economía basada en "el ladrillo" y en el turismo por otra más acorde con el papel que debería jugar un país que se quiere del G8 o del G9 de la innovación, como lo denominó Juan Tomás Hernani, Secretario General de Innovación.

¿Quiere realmente Zapatero —próximo titular de la Presidencia Europea— este papel para España o son clave la



Ministra sin presupuesto.

escasa ambición que ha demostrado su gobierno en política exterior y su manifiesta simpatía por líderes que no están, precisamente, en primera línea? Sirva de ejemplo una medida compensatoria al recorte que se le ha ocurrido: vamos a impulsar la cooperación tecnológica con Latinoamérica. No es la Champions League. Si aspira a ser algo más que una especie de Pepito Grillo planetario se verá en su exposición sobre estrategia internacional en innovación y desarrollo del próximo semestre. Podemos reprochar al gobierno de Aznar algunos errores impopulares como Irak, pero esas suelas de zapato en la mesa de café de Bush eran expresión de una voluntad, una ambición y un proyecto que no existen en el gobierno socialista. Como la Reina Roja de la novela de Lewis Carroll, aunque sólo sea para mantenerse en el mismo lugar, hay que correr. Y Zapatero es *The Quiet Man*.

Las partidas destinadas a ciencia e innovación se reducen de forma sensible. ¿No quedamos, como dijo la ministra Garmendia, en que: “La innovación es imprescindible para salir de la crisis”? El pretexto que se arguye es que la reducción del presupuesto del Ministerio de Ciencia e Innovación responde principalmente a un recorte de los gastos corrientes y de transferencias a organismos dependientes que son aplazables porque las entidades de destino tienen remanente. Pero el Plan Nacional de I+D+i, siendo la joya de la corona del sistema, no se está desplegando como el marco estable que se anunció para el fomento de la innovación empresarial tan necesaria para remontar

esta crisis y evitar las que puedan venir en el futuro. Lo que está claro es que el recorte tendrá efectos drásticos para la competitividad en 2010 y que la situación puede ser catastrófica en 2011 si no repunta radicalmente la inversión. De momento se olvida el objetivo del Plan Nacional de I+D+i 2008-2011 de aumentar la financiación un 16% cada año.

Lo único positivo de la crisis podría ser la racionalización de los programas que tienen que ver con la mejora del I+D en nuestro país. Me explico. Aunque en su primera legislatura el Gobierno Zapatero casi duplicó el presupuesto de I+D, este aumento se canalizó especialmente hacia el sector público. Pero España, como cualquier otro país promedio, no puede ofrecer empleos públicos permanentes a todos los investigadores y doctorados. Si Zapatero quiere que juguemos en la gran liga deberá vencer el talante buenista y subvencionador (que no afecta sólo a la izquierda) y afrontar que o se desarrolla y crece la investigación en el sector privado, o la investigación no despegará y España no recibirá el empuje que necesita para afianzarse como una potencia económica de primer orden.

Los tres países europeos que aportan más dinero a la I+D como porcentaje del PIB son Suecia (3,73%), Alemania (2,53%) y Francia (2,08) mientras que en España el porcentaje se sitúa en un 1,34%. Aunque todo el mundo está de acuerdo que en que hay que mejorar la financiación de la I+D, puede ser contraproducente si los recursos humanos y económicos que se dedican se retraen del sector privado. La ventaja de esta crisis podría ser un replanteamiento sensato que evite que la euforia inversora desemboque en una burocracia funcionarial y, por ello, improductiva.

El programa Ramón y Cajal (RYC), iniciado en 2001, pretende recuperar cerebros ofreciendo contratos de cinco años de duración a aquellos investigadores que se encuentren en el extranjero. Durante dicho periodo son acogidos básicamente en las universidades y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). La primera promoción de investigadores RYC cumplió los cinco años de contrato en noviembre de 2006.

Ninguno se ha colocado en el sector privado, y sólo 474 de los 774 graduados han conseguido puestos estables en el sector público. No está claro que contratar a científicos extranjeros sin un objetivo muy claro sea la solución, ni es viable aumentar el número de investigadores mediante la expansión de programas doctorales y posdoctorales si al final de los mismos hay que crear empleos públicos para evitar que la mayoría vaya al paro. Esto no es California.

No es del todo cierto que la investigación en el sector público crea riqueza. Como ha sido señalado anteriormente, con la desaparición de la Unión Soviética se vio que Rusia carecía de tecnología civil. No es un país que exporte tecnología, y su fuente de riqueza son el petróleo y el gas: se ha convertido en una especie de Arabia Saudita. El Gobierno podría ayudar si entendiera que el problema fundamental de la ciencia y la tecnología en España es la casi inexistencia de I+D en el sector privado. Y no es culpa del sector privado, que ya carga con mucho. Es este sector el que debería cuidar un gobierno que no piense que se soluciona todo con buena intención y dinero. Los líderes mundiales en tecnología (IBM, Nokia o Novartis, por ejemplo) crean sus avances y productos en sus propios laboratorios de investigación. Los recursos han de destinarse al fomento de este sector privado mucho más que a organismos como el CSIC, aunque también. Silicon Valley fue concebido y desarrollado a lo largo de varios decenios sin ningún subsidio ni intervención gubernamental. La ayuda del gobierno americano consiste en la financiación de programas de posgrado en las universidades. Y no sólo la industria farmacéutica o biomédica absorbe estos doctorados. En el caso americano, casi la cuarta parte de los doctores en matemáticas se emplea en el sector de los servicios financieros, lo mismo que un número apreciable de los graduados en ciencias e ingeniería.

“Los proyectos competitivos tienen garantizada la financiación”. Con esta frase, la Ministra de Ciencia e Innovación, Cristina Garmendia, quiso subrayar el cambio de tendencia a la hora de financiar

las actividades de I+D+i: menos subvenciones y más préstamos a empresas. En conjunto, en el 2010 se van a destinar a su Ministerio 5.290 millones de euros, de los que un 50,94% corresponderá a políticas de investigación y un 47,72% a políticas de innovación. Veremos si este dinero se recibirá donde de verdad hace falta y da como resultado eso que tanto necesitamos: elementos tangibles que, en resumidas cuentas, podamos vender por el mundo. No se trata de otra cosa. Como dice un conocido periodista en su blog: “se trata de fabricar nuevos productos (caso del chip) o de lograr los viejos con nuevas técnicas (tomates transgénicos)”. —

— MA. TERESA GIMÉNEZ BARBAT

## CARTA DEL EDITOR

### ¿ADÓNDE HEMOS LLEGADO?

**H**ace poco, en estas mismas páginas, un respetado colega atribuía a la mala educación muchos de los males que aquejan al medio cultural. Estoy totalmente de acuerdo con él, aunque a mi entender esa mala educación no se circunscribe exclusivamente al ámbito de la escuela o la universidad, sino que puede localizarse también en los modos y maneras que presiden muchos de los gestos de la denominada sociedad culta. Me trae sin cuidado el cúmulo de saber y lecturas que haya podido atesorar un individuo si es incapaz de someter sus actos a una pauta de comportamiento ético. Para mí la cultura está íntimamente relacionada con la educación. Si una persona no sabe comportarse de un modo ajustado a la moral, me parecerá siempre maleducada.

Pese a este comienzo, trataré de evitar que mis palabras desemboquen en cualquier tentativa de catastrofismo; antes bien, preferiría que incurriesen en la muy saludable práctica de la ironía. La cultura escrita como nos la ha facilitado varios siglos de imprenta, le pese a quien le pese, no va a desaparecer. Un libro impreso es como una suerte de corazón de creatividad pública y, si se me apura,

cívica. Lo triste, aunque siempre fue así, es que los lectores sean una minoría y nada parece, ateniéndonos a los programas de nuestras instituciones, que apunte a rectificar esa realidad. Y es evidente que no somos precisamente los editores, que tenemos colgado de modo arbitrario el marbete de elitistas, los responsables de que no se lea.

El editor literario es quien elige, quien debe elegir por los otros, y solemos hacerlo con total y absoluta libertad ateniéndonos exclusivamente a nuestro muy subjetivo, por supuesto, criterio de excelencia. Encima, para mayor abundancia de datos y para desespero de algunos, nos lo pasamos bien, tratamos de ser felices. La libertad resulta inquietante tanto al que la vea como al que no puede o no sabe disfrutarla. Y ello responde a que en el fondo al poder le molesta sobremedida que podamos y, lo peor, sepamos elegir. El lector para mí es también aquel que sabe elegir. Es decir, acostumbra ser una persona culta y bien educada.

Siempre he sostenido que editar es una de las formas posibles de hacer pedagogía. Desde antiguo la práctica pedagógica ha tendido a crear estados de perplejidad en los otros, esa suerte de sorpresa a partir de la cual se facilita la transmisión del saber. El pedagogo en el fondo siempre ha sido un seductor, pues para enseñar es muy necesario saber inducir a los otros a amar aquello que antes ha aprendido a amar uno.

Si profundizamos en la etimología del vocablo “pedagogía” encontramos, según Corominas, que “pedagogo” (del griego *pai-paidós*, “niño”, y *ágó*, “yo conduzco”) es “el acompañante de niños”. Y hallaremos también un matiz interesante: “pedante” es deformación cometida en Italia en el siglo XV con el cultismo “pedagogo” por identificación popular jocosa con la voz vulgar italiana preexistente *pedante*, que significa “soldado de a pie” o “peatón”, aludiendo al hecho de que el acompañante de niños es un peatón constante.

El editor, insisto, es una suerte de pedagogo porque suele ser alguien que al conducir a otros, niños o no, no puede sino preguntarse, emocionarse y descu-

brir con ellos. Porque los caminos son múltiples y porque, aun tomando una sola senda, por más que ésta se transite una y mil veces, nunca es la misma. A mi juicio ésa es una de las razones que honran nuestra profesión.

Acercar a los individuos a la literatura supone invitarlos a participar de las infinitas formas que la humanidad tiene de mirar, pensar, interpretar y expresar el mundo a través de la palabra. Pero en la acción de tratar de seducir a los otros, de atraerlos a la lectura, resulta crucial que nuestros cercanos no la vivan como un territorio ajeno, sino que se les brinde la oportunidad de implicarse en ella desde sus propias inquietudes y experiencias. Este logro requiere la presencia de libros físicamente alcanzables, canciones, narraciones, lecturas en voz alta desde la más tierna infancia en el seno familiar; y posteriormente atañe, en gran medida, también a la escuela, pues es desde la didáctica de la lengua y la literatura desde donde más ágilmente se posibilita esta implicación a través de actividades diversas: de biblioteca, en talleres de escritura, con dramatizaciones y otras manifestaciones expresivas. Instrumentos y manifestaciones capaces de ser asumidos por aquellos individuos libres que deseen por voluntad propia y no inducida adquirir un saber.

La palabra es una de las principales herramientas que nos asiste para poder ordenar nuestro mundo, nuestro pensamiento y nuestras emociones. La transmisión de la misma es esencial para el desarrollo sutil del ser humano. Se empieza a leer por el oído. La lectura no es innata al hombre, la escucha en cambio sí. Insisto: narraciones, canciones, juegos orales, lecturas compartidas en voz alta... son las primeras invitaciones a la lectura, pero no sólo cuando el niño aún no sabe leer, también mientras está aprendiendo e incluso cuando ya lo hace de forma autónoma. El placer de leer es un acto de gustoso contagio y va acompañado, no lo olvidemos, de ritos, ritmos, entonaciones, aromas, prosodia.

En el mismo orden de cosas, no debemos creer que leer es lo mismo que descodificar. Que alguien aprenda los



Un torrente de libros para dar sed.

mecanismos de la lectura y la escritura no implica que sepa leer. Desde que un individuo comienza a descodificar hasta que lee —interpretando incluso mensajes no explícitos—, hay un larguísimo recorrido en que no debe abandonarse al incipiente lector a su suerte. El proceso no concluye hasta que el acto de leer se convierte en un viaje interior, individual e íntimo. Leer es recorrer, viajar. Es un trayecto complicado y, al contrario de lo que se cree, es muy difícil que ocurra antes de la adolescencia, pero como nos diría un maestro zen: quien no tenga dificultades al comienzo las tendrá, y peores, más adelante.

En los inicios de ese proceso, el aprendiz, algo que ya no quiere ser nadie y palabra que en sí misma ofende a los más ignorantes, el aprendiz, decía, es un puro receptor. Aunque también es cierto que a lo largo de ese proceso el lector va incorporando el bagaje adquirido a través de la lectura, haciéndolo suyo y recreándolo en el uso cotidiano de la lengua oral y escrita. El proceso, no debería hacer falta repetirlo, lleva implícitas transformación y evolución. La elección de lo que se podría leer, compartir con los otros desde la perspectiva del editor, ha de ir sufriendo también una transformación y una evolución, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, bien compaginando lecturas más sencillas con otras más complejas, bien sustituyendo

las primeras por las segundas, incluso entre aquellos que se creen en posesión de un saber superior.

A lo largo de la evolución del proceso, el lector, que partió de la pura interpretación literal, habrá de ir descubriendo otras interpretaciones más complejas. Hasta llegar a leer con mayor capacidad de abstracción, de forma más inteligente y, por tanto, más placentera. De ahí la muy alta responsabilidad que compete a los maestros y los pedagogos.

La educación sentimental, literaria, como toda educación que se precie, supone, pues, un proceso, y es presumible que éste se dilate ampliamente en el tiempo, pues ha de contemplarse que la facultad lectora ni es innata ni pertenece a la naturaleza humana, aunque encuentre en ésta las condiciones y medios para desarrollarse. Este desarrollo exige esfuerzo en el aprendizaje del lector, tanto más cuanto menor sea la atracción que el sujeto sienta por la lectura. Por lo que el pedagogo, el editor, debe verse abocado a dar con la manera de provocar esta atracción, de seducir, pues se trata de un medio, hoy por hoy, indispensable para adquirir cultura. A veces se intenta promover la lectura con procedimientos más o menos coercitivos en la escuela, con el grave riesgo de crear un rechazo a la letra impresa, al libro, para el resto de la vida.

El interés del niño —como de cualquier otra persona de cualquier edad— se despierta cuando el objeto de su atención se involucra, de alguna manera, en su persona. Cuando entra en contacto directo con sus emociones, su curiosidad, sus inquietudes o experiencia; lo cual no excluye que, además, siga habiendo un esfuerzo de aprendizaje, que será tanto más liviano cuanto mayor sea el interés despertado.

Por muchos métodos coercitivos o persuasivos que se empleen, el caballo no bebe si no tiene sed. No se trata, pues, de hacer beber a cualquier precio, sino de provocar sed. De abrir una inusitada puerta al conocimiento, al viaje, al diálogo.

Pero ¡cómo provocar esa suerte de sed en los tiempos que corren! Es verdad que estamos asistiendo al fracaso de lo perso-

nal. Y nada apunta a frenar en nuestros días la tendencia a la imitación de la imitación, al conformismo, a la inflexibilidad que la tendencia a lo comfortable conlleva en sí misma. Síntomas todos de una época estéril que pretende verse reflejada en su opuesto y cuya contundencia en su resistencia a desaparecer, por paradójico que resulte, no es otra que la propia de una cultura que está dando sus últimos coletazos. Nos encontramos inmersos en un momento en que cualquier idea original o su expresión libre y sin prejuicio es rápidamente deformada, oscurecida y arrumbada al anonimato, transformando el drama que eso supone en esa terrible verdad de que ningún desconocido es echado de menos; de lleno, como estamos, en la confusión rampante entre calidad y cantidad. El vigor de una cultura no debe medirse nunca por el número, sino por la calidad. No se obtiene por proceso de aluvión, sino por peso específico.

Y la cultura a la que me estoy refiriendo es esta del resentimiento y falta de esperanza en que nos encontramos enrocados. Donde la solidaridad, la conciencia de proximidad con los otros casi se ha perdido. Ahora más que nunca, al menos así lo siento yo, se han malbaratado las maneras y muchos de los que apelan a la ética son los primeros en estar prestos a acuchillarla. Es decir, vivimos una época en que los delincuentes suelen encontrarse entre quienes más claman justicia. En fin, pienso que nuestra fe debería fortalecerse, por contrapartida, ante el incumplimiento de lo anhelado. Tenemos que aprender a tender nuevos puentes afectivos que propicien la lectura serena en los que todavía no han sido capaces de disfrutarla.

En mi imaginario la lectura y el viaje están íntimamente relacionados. Recuerdo cuando en la prepubertad descubrí a Rubén Darío. Fue tanta la fascinación ante dicho poeta que corrí a la enciclopedia Espasa-Calpe a consultar dónde podía estar ubicado un país denominado Nicaragua. Ese fue mi primer viaje imaginario y desde entonces no he dejado de viajar a través de los libros real y simbólicamente. Leer es recorrer. Toda lectura implica

un desplazamiento, un viaje en pos de algo desconocido, de algo que está por venir o sobrevenir.

Vivimos momentos de confusión. Quizás siempre los hayamos vivido, es más, puede que nunca hayamos salido de ellos. Pongamos un ejemplo, y ahora recurramos a la ironía, de una de las manifestaciones del síntoma, algo que nos atañe a quienes parecemos empeñados en devastar el Amazonas editando libros en papel. Es evidente que en la actualidad arrecian las posturas interesadas, muy interesadas, en augurar el cuestionamiento del libro en su formato actual. Antes se quemaban los libros sin el menor titubeo. Como ahora eso resulta un tanto antiestético y poco peraltado, no se atreven a prenderles fuego, sino que se limitan a tratar de borrarlos ya no de nuestras vidas, sino de las vidas de los más indefensos, los niños, las generaciones venideras. Todos estos agoreros no hacen más que perorar sobre si el libro en su tradición impresa perdurará en el futuro, lo que es lo mismo que si ahora estuviésemos especulando sobre cuál va a ser la literatura que se escribirá en el año 2713. Nadie en cambio reflexiona sobre los contenidos. Por lo que se ve, eso es lo de menos; para reflexionar a ese respecto haría falta una sensibilidad ambiente más fortalecida en la cultura y menos orientada al espectáculo. —

— MANUEL BORRÁS

## PREMIO NOBEL

### POR UNA LITERATURA MENOR

**E**n el principio fue el desconcierto. ¿Por qué ella, Herta Müller, y no uno de esos escritores —guapos, viejos, prolijos— que *todos* conocemos? Luego, cuando empezaron a difundirse los primeros datos, fue la decepción. Otra europea: nacida en Rumania pero de lengua alemana. Otra narradora: responsable de cuentos y novelas breves, presuntamente minimalistas, nada que ver con las Grandes Obras de los Voluminosos

Autores que *todos* admiramos. El colmo: una escritora —ay, de prosa poética— y no una Figura Pública habituada a manosear, ante el Gran Público, los Grandes Temas. *Qué* carajo.

Ahora, luego de haber leído *En tierras bajas* (1982) y *El hombre es un gran faisán en el mundo* (1986), además de algunos cuentos sueltos y un par de entrevistas con la autora, sé que el que busque algo grande y pesado en la vida y la obra de la nueva Premio Nobel se llevará un merecido chasco. Lo que hay, para empezar, es una minoría —un pequeño grupo de ciudadanos suabos, esos individuos de origen alemán que emigraron, a partir del siglo XII, a la ribera del Danubio y entre los que nació, en 1953, Müller. Lo que hay es un modesto pedazo de tierra —el Banato rumano, en la frontera con Serbia y Hungría, escenario de buena parte de sus ficciones. Lo que hay, finalmente, son lacónicas estampas de la vida de esos suabos, campesinos miserables y maltratados después de la derrota del nazismo, en la Rumania de Nicolae Ceaușescu. No mucho más que eso. Suficiente.

Sé, también, que lejos, bastante lejos, de estos libros están los delirios posmodernos, el optimismo del *modernism* o la largueza de las creaciones decimonónicas. Sé que aquí el timbre narrativo es beckettiano, que es como decir: áspero, agónico. Son pocas las palabras y a menudo parecen balbuceadas o escupidas. Son escuetos, descarnados, los párrafos y rara vez se comunican armónicamente unos con otros. Son, sobre todo, muchas y tajantes las prohibiciones que se impone Müller: la prosa *no* debe fluir dócilmente; la trama *no* debe envolver a los lectores; el tono *no* debe optar, nunca, por la magnificencia.

Sé, por último, que no hay en estos libros un grano de épica. Como si también eso, el heroísmo romántico, se negara Müller. Aunque se conoce que ella fue una aguerrida opositora de la dictadura de Ceaușescu, y que por lo mismo tuvo que abandonar Rumania en 1987 para instalarse, ya definitivamente, en Berlín, no parece haber, al menos no a primera vista, nada abiertamente

sedicioso en estas páginas. La dictadura aparece al fondo, mirada al sesgo y retratada con algunas imágenes de feroz poesía (“El manzano tiembla. Sus hojas son orejas que están a la escucha”). Los personajes son, podrían ser, cualquier cosa salvo inflamados rebeldes —en medio de la dictadura sobreviven atónitos, fatigados, esperando el pasaporte que les permita abandonar el país (*El hombre es un gran faisán en el mundo*) o rumiando amargamente su enfado (en los cuentos de *En tierras bajas*). En el Banato rumano, para terminar, nada, ninguna chispa, está por encenderse. Más bien al revés: es una tierra casi baldía, salpicada de ancianos y sin lugar para niños y jóvenes.

¿Por qué se impone Müller este voto de pobreza? ¿Por qué su acritud? Tal vez porque lo contrario, la obesidad y las falsas ilusiones, son cosa de las mayorías, del Estado, de la dictadura. Tal vez porque lo que ella pretende escribir, una literatura deliberadamente menor, sea al fin y al cabo la solución más subversiva. Ya lo advertían Gilles Deleuze y Félix Guattari en su clásico sobre Kafka: la literatura de veras perturbadora es, hoy, aquella que una minoría escribe maliciosamente dentro de una lengua —o un discurso— mayor.

Así, como piezas menores, minoritarias, marginales, actúan las obras de Müller.

Por ejemplo: para involucrarse en la tradición rumana, la escritora decide emplear su lengua materna —el alemán— y no el rumano que aprendió a los quince años.

Por ejemplo: cuando escribe el alemán, no lo hace como una nativa sino como una intrusa —pensando en rumano y escarbando en el idioma hasta encontrar “su propio punto de subdesarrollo, su propia jerga, su propio tercer mundo, su desierto” (Deleuze y Guattari *dixit*).

Por ejemplo, y sobre todo: en vez de reproducir la grandilocuente retórica estatal, trabaja una lengua privada, una prosa elemental y pequeña iluminada por repetidos fogonazos. (“Del jardín

de la iglesia alzan el vuelo unas palomas silvestres. Son grises como la luz. Sólo el ruido permite diferenciarlas.”)

Digamos, para terminar, que la misma lógica impera en su retrato de la Rumania de Ceaușescu: la condensación, no la holgura. Antes que entregar relatos edificantes –más bien propios del realismo socialista– sobre la disidencia, Müller compone oscuras miniaturas, detalladas estampas –canciones, supersticiones y refranes incluidos– de la vida rural suaba. Para decirlo con un disparate, piénsese en Marc Chagall; en el Marc Chagall de los años previos a la Primera Guerra Mundial; en sus folclóricas pinturas sobre las aldeas judías de Bielorrusia; en *La lluvia* (1911), por ejemplo, pero más sombría:



Algo así, por lo pronto. –

– RAFAEL LEMUS

## POLÉMICA

### BAJO LA DICTADURA DE LAS MASAS

No hace mucho tiempo, mentes brillantes tanto como ingenuas concibieron internet con la finalidad de difundir el conocimiento científico, y fue así que durante un tiempo las páginas más visitadas fueron las de la Enciclopedia Británica y la Biblioteca del Congreso

estadounidense; después, los usuarios descubrimos los vídeos de niños que padecen accidentes inocuos, las fotos de galletas con la cara de Jesucristo y la pornografía, y la red se convirtió en lo que es actualmente: una gran caja de resonancia de la estupidez humana.

Última manifestación de este fenómeno es la polémica principalmente virtual que suscitara un artículo de Vicente Molina Foix en la edición de mediados de septiembre de la revista *Tiempo*. En él, Molina Foix daba cuenta del hecho de que el quincuagésimo aniversario de la aparición de Astérix y los ochenta años de existencia de Tintín habían suscitado una mayor atención de la prensa que el quincuagésimo aniversario de la muerte de Boris Vian o el centenario del nacimiento de Eugène Ionesco. A esta constatación del estado de cosas, el autor sumaba la de la proliferación de cursos, jornadas y exposiciones dedicados al cómic, e incluso un Premio Nacional “con el que nuestro Ministerio de Cultura enaltece al dibujante de monigotes”, para sostener a continuación que “la equiparación de *Mortadelo y Filemón* y el manga con Thomas Mann o [Luis] Buñuel me parece una perversión muy propia de la dominante quiebra de categorías estéticas”. “Que tanta gente y tantos críticos serios digan que una chorrada de plastilina como *Up* es una obra maestra del séptimo arte me produce vergüenza”, afirmaba.

Aunque su artículo no era el más virulento sobre la materia que haya sido dado leer recientemente y aunque la posición de su autor no era marginal en un momento en que algunos todavía discuten si el cómic merece algo más que ser considerado un “arte menor”, su publicación llevó a una reacción inusitadamente exaltada por parte de los lectores de la revista, que inundaron a su director de cartas. Algunas pretendían convencer a Molina Foix de la debilidad de sus argumentos; por ejemplo la de José Luis Mora, creador de *El Capitán Trueno*, quien le animaba “a que se lea grandes obras maestras del

cómic como *Maus* (Premio Pulitzer); *Príncipe Valiente*, de Foster; o, dentro del cómic de superhéroes, *Capitán América*, de Ed Brubaker. Créame, son obras de arte”. Otras cartas eran irónicas (“No creo que su desprecio hacia lo que no conoce le ayude mucho en la vida, pero es bien sabido que la ignorancia da la felicidad y usted debe de ser muy feliz”) y otras simplemente beligerantes. Pero la cantidad y la virulencia de las opiniones aumentaban vertiginosamente si se visitaba el *blog* que el propio Molina Foix tiene en *El Boomeran(g)*. En él ([www.elboomeran.com/blog-de-vicente-molina-foix](http://www.elboomeran.com/blog-de-vicente-molina-foix)), los comentarios al artículo eran desconcertantemente agresivos y acusaban a su autor de “fascista”, “ignorante”, “miserable”, “mediocre”, “despreciable”, “energúmeno”, “pedante”, “intolerante” y “reaccionario”, entre otras cosas, y a su artículo de “absurdo”, “ofensivo y falaz” y “chorrada” o de ser producto del “estreñimiento mental” de su autor.

Ante esta avalancha, el propio Molina Foix respondió en su *blog* que recordaba haber escrito “textos más abrasivos que ‘Dibujos animados’ contra, por ejemplo, el teatro del celebrado director Pandur [...], el cine del iraní Kiarostami y el flamenco” y afirmaba que su “único delito en todos estos casos está hoy por hoy amparado por la ley y es además incruento, pues no sale del campo del juicio estético” y no merece “la expresión de un grotesco fanatismo propio de secta de iluminados”. La defensa no fue del agrado de los lectores aparentemente, y los ataques recrudecieron: acusaciones, amenazas de muerte, insultos de sintaxis errática y otros de tímida corrección: “Muy (poco) estimado Sr. Foix, Era usted un capullo antes y después de su respuesta a la columna”, “Es usted lamentable. No se ofenda, es mi opinión” o “Váyase usted a la mierda, desde el cariño y el respeto siempre”.

Mientras las viñetas, cómics y fotovelas satíricas dedicadas al escritor se multiplicaban en la Red (por ejemplo en [www.irreverendos.com/?paged=2](http://www.irreverendos.com/?paged=2)), algunos usuarios llamaban a un boicot

a la revista *Tiempo* hasta que ésta prescindiese de los servicios del escritor y otros creaban una lista en su contra en Facebook, el escaso apoyo que el escritor recibía provenía de un miembro del Partido Popular de Lleida, de un supuesto antiguo amante y del escritor argentino Marcelo Figueras, colega en *El Boomeran(g)*, donde esbozó una defensa pueril en la que creía ver en el artículo de la polémica “una humorada” y afirmaba que las objeciones al cómic de Molina Foix provenían, en su opinión, del hecho de que alguien “se está quedando con los laureles y el dinero que debían, a su juicio, quedar en casa”.

Aunque la polémica también contó con opiniones autorizadas y eruditas como la de Antonio Altarriba, catedrático de Literatura Francesa en la Universidad del País Vasco y escritor, quien le recordó a Molina Foix que “a Boris Vian le gustaban los dibujos animados” y le invitó a rectificar, este tipo de opiniones no contribuyeron a ella en virtud de que la polémica no era realmente acerca del cómic sino sobre “la dominante quiebra de categorías estéticas” aludida por el escritor en su artículo.

Esta quiebra de categorías, y el descentramiento de la autoridad en materia de juicio artístico, no provienen tanto del arte en sí mismo sino de su circulación y, particularmente, del acceso a él por parte de las masas. Molina Foix no cuestionaba la calidad estética del cómic, que él mismo confesaba no conocer en profundidad, sino el ocaso de una cierta forma de circulación de la literatura y un cierto tipo de público, culto y por tanto autorizado, para el cual Boris Vian resultaba más importante que Astérix sólo por ser consumido por menos personas. Este lamento por la pérdida de un arte de minorías no es precisamente nuevo, pero es interesante observar que siempre se ha hecho escuchar desde los medios que han acabado con él: hay algo paradójico en que Molina Foix expresara su crítica a la tiranía de las masas desde la prensa escrita, que ha sido históricamente



Tintín leyendo, de Roy Lichtenstein.

el medio de masas por excelencia y el único que actualmente aún goza de alguna autoridad para decir qué debe ser leído y por quién, y que la polémica haya tenido lugar en la red, donde la autoridad que emanaba del acceso al arte por parte de una élite ha estallado por los aires.

La reacción virulenta y exagerada de los lectores de cómic, indignados por una supuesta afrenta a sus valores, cualesquiera que estos sean, dejó en clara inferioridad numérica al autor, pero también puso de manifiesto que, en tanto prolongación participativa de los medios de masas, la red consagra el juicio generalizado de que todo el mundo debe tener algo para decir sobre casi todo; dicho juicio, que tanto daño provoca periódicamente en materia política, se ha extendido al ámbito del consumo cultural de tal

manera que voces como la de Molina Foix, embarcado en estos días en el rodaje de un filme (esto es, en la producción de un tipo específico de arte secuencial mucho más vinculado a la narrativa gráfica y al cómic de lo que el autor sospechaba en su artículo), parecen resonar en el desierto de la estupidez y la ignorancia en nombre de la democratización del gusto sin siquiera la esperanza de ser oídas. Opiniones como la de Vicente Molina Foix pueden ser tildadas de reaccionarias y a continuación descartadas, pero tal vez se debiera recordar antes de hacerlo la frase de Arthur Schopenhauer de acuerdo a la cual “hay épocas de la Historia en que el progreso es reaccionario y la reacción, progresista” y preguntarse por un momento si la nuestra no es una de esas épocas. —

— PATRICIO PRON